

Lizardi en la Literatura y en la Poesía Vasca

Roturador e iniciador de nuevos caminos: Este es, sin duda, uno de los aspectos, tal vez el más característico y relevante, de la personalidad literaria de Lizardi. El puso al euskera sobre el banco del carpintero para labrarlo, acicalarlo y pulimentarlo. El sometió a la vieja lengua a un despiadado trabajo de laboreo a fin de hacerla digna esposa de su intelecto. Creemos que éste es un aspecto de la obra de Lizardi muy actual y que merece ser considerado de cerca.

A veces resulta aleccionador y provechoso el hojear revistas o publicaciones de épocas pasadas. Los hombres tenemos poca memoria. Se nos olvidan pronto las cosas. Repasando estas publicaciones de otros tiempos se sorprende uno al ver cómo los mismos problemas, las mismas discusiones (o muy semejantes) se van repitiendo entre nosotros, casi hasta con los mismos términos, en las sucesivas generaciones.

A propósito de Lizardi así lo recordaba Aztiri hace poco en la revista «Aránzazu» (véase, julio 1973).

En efecto, hojeando las páginas del semanario «Argia» del año 1932 nos encontramos con declaraciones que hoy nos pueden sorprender o parecer chocantes. Pues hoy Lizardi tiene un puesto de honor indiscutido en las letras vascas. Puesto que entonces aún no tenía.

Era el año siguiente al advenimiento de la República. El año en que se publicó la antología poética *Biotz-begietan*¹.

¿Qué juicio o crítica merecen a algún euskaltzale las poesías de Lizardi? Allí se puede ver.

Un autor que firma «Euskaldun batek» —ignoro quién sea— escribe: «Euskal idazleen artean sortu dan naspilla euskeraren onerako bada, betor zorionean. Kaltegarri bada, berriz, bide berritik joatea, aurrera baino leen esitu dezagun bide ori» (otsailak 7).

Se habla de nuevos caminos que perturban y desconciertan.

Pero sigamos leyendo o transcribiendo. Poco más adelante se explica el autor (traduzco): «No están aún los vascos preparados para estas nuevas

¹ En este trabajo la citamos con las siglas B-B

rutas. Aunque algunos pocos tengan el propósito de adentrarse por ahí con decisión, si los más no pueden, no se consigue nada». «No podíamos caminar por los caminos antiguos, y cuando apenas hemos empezado, he aquí que nos vienen con caminos nuevos. Mejor es aprender a caminar bien y fácilmente por el viejo, y entonces será tiempo para comenzar a abrir rutas nuevas; mientras tanto, no».

Y más abajo prosigue así el crítico: «De algunas poesías que aparecen en esta época, lo menos que se puede decir es que son difíciles; difíciles de entender para los vascos. Porque están traducidas al castellano, sirviéndose de la traducción, se pesca algo; pero de las publicadas solamente en vasco, hay algunas que nos quedaríamos sin entenderlas. Y sin embargo, a éstas precisamente se las encomia y premia. Ese no es camino para cultivar el euskera, y sí para embrollarlo» (naspillatu, dice el texto original).

«Como consecuencia de todo esto —prosigue el crítico—, algunos poetas que hacían poesías bonitas y tenían afición, se han retraído; y la pérdida de éstos no es compensada por esos roturadores de caminos nuevos».

Como se ve, también entonces había su lucha generacional. La acusación era la consabida: De ese modo no se cultiva el euskera, sino que se perturba.

Lizardi se dio por aludido y contestó en el mismo semanario (Otsailak 21): «Se nos acusa —dice— de que nuestros caminos no sirven para cultivar el euskera sino para embrollarlo. Fallo éste sumamente doloroso para nosotros que con toda la fuerza del amor soñábamos con contribuir a abrir caminos de gloria para el euskera».

La solución que en este litigio propone Lizardi es la que sigue: «Lo que hace falta es que todos aprendamos a ser abiertos en nuestros juicios y criterios. Necesitamos en nuestro huerto plantas de todo género. No rechazamos ni al bertsolari mordoilo, ni al poeta más refinado, ni tampoco al enrevesado amigo de lo novedoso».

«Los amigos del *mordoilo*, los mediocres y los progresistas, todos podemos vivir en paz. Lo único que se necesita es tener un criterio más abierto que el que tú revelas tener» (le dice al crítico antes citado).

Y Lizardi termina el artículo apelando al veredicto del futuro. Dice así: «Aparte de que este pleito lo fallará el futuro, y no tú ni yo...».



He querido empezar recordando esta vieja y casera polémica, porque, por un lado, ella puede arrojar algo de luz sobre análogas situaciones presentes, y, por otra, y, sobre todo, porque ella nos ayuda a contemplar la figura de Lizardi desde el ángulo visual que nos lo hace inteligible.

En efecto, Lizardi es ante todo un roturador de caminos nuevos, un iniciador que abre nuevas rutas.

La aspiración de Lizardi es capacitar a la lengua con el fin de que ésta pueda ser un instrumento apto para un hombre culto moderno.

Lizardi se ha sentido herido en su fibra más íntima por las invectivas de Miguel de Unamuno que calificara al vascuence como lengua intrínsecamente inepta e inservible para poder ser vehículo de expresión de las ideas actuales y de toda la compleja civilización moderna.

El es un hombre culto, con estudios universitarios, que disfruta de una posición social medianamente holgada. Se ha entregado un poco tarde a los amores de su blanca esposa, y además ha de morir muy joven, sin llegar a los 40, y sin tiempo para perfeccionar su obra. Pero se dedicará al estudio profundo de la lengua, deseoso de sacar a luz las virtualidades que en ella descubre encerradas. Quiere someter a la lengua a las exigencias de un espíritu culto. Así creará un estilo aristocrático, inconfundible.

«Euskera aundiki-soñekoz» reza el título de un artículo suyo (El euskera con traje aristocrático; I-L, 61)². Lizardi sabe muy bien cuál es el mal endémico del euskera: que ha sido casi exclusivamente la lengua de las clases bajas o populares. Las clases aristocráticas, cultas, pudientes, etc., le han vuelto la espalda. Y como las clases bajas imitan a las altas, tan pronto como pueden, también ellas se deshacen del euskera.

Entonces, ¿cuál debe ser la estrategia a seguir, tal como él la ve? Conquistar para el euskera a las clases cultas, y para ello crear una literatura que responda a las preocupaciones de estos estamentos cultivados.

A Lizardi le interesa tanto la poesía como la prosa, y en ambos campos se nota la misma preocupación que hemos apuntado.

Tal vez en este sentido Lizardi guarde más de un parecido con el doctor Etxepare, médico de Cambo, aunque creo que éste no cultivó la poesía, sino sólo la prosa.

Lizardi es el creador de un estilo conciso, de una lengua que se presenta con la mínima cantidad de materia. Lizardi sabe explotar al sumo las

² Las siglas I-L se refieren al libro *Itz-Lauz*, antología de los mejores artículos de prosa de Lizardi, publicada después de su muerte, en 1934

posibilidades de la lengua, que conoce bastante a fondo, tras largos estudios de la composición, derivación, modismos, locuciones, del léxico, aun de otros dialectos distintos del suyo nativo. No hay que olvidar que para entonces ya habían salido el Diccionario y la *Morfología* de Azkue, el Diccionario de Lhande, los *Erderismos* de Altube, etc.

El estilo de Lizardi es sumamente personal, inconfundible, un tanto conceptista. Se le ha reprochado, como ya hemos visto, que es difícil, que retrae de leer, que no es popular. Pero él sabe lo que quiere, sabe a dónde va.



Como ya lo recordó Ariztimuño a raíz de la muerte de Lizardi, uno de los objetivos que persiguió éste fue el de crear un dialecto literario central. Con este fin leía los autores labortanos e incorporaba a su lengua aportaciones, logros y particularidades que hallaba en los mismos. Leyendo sus escritos, tanto en prosa como en verso nos hallamos con muchos injertos o trasvase de elementos procedentes de la literatura vasco-francesa. Así, por ejemplo, en la declinación emplea el ergativo plural *-ek*, el dativo plural *-ei*, saca gran partido de la *-z* del caso instrumental para indicar la idea de «sobre, acerca de» en vez de recurrir al feo sufijo inventado *-tzaz*. Emplea el sufijo conjuntivo de subordinación *-larik*. Recurre a formas labortanas como *unetan* o *Iguzki* (aunque también emplea *Eguzki*), *untzi*, escribe *itsaso* con *ts* y no con *tx*; alguna vez emplea incluso «erraidazu» (B.-B., 76). Usa palabras como *eskierki*, *oldex*, *antzo*, *atzeman*. En el verbo tiende a suprimir la terminación del participio en los imperativos, subjuntivos y potenciales (*ikus dezagun* etc.); aunque a veces —tal vez por despiste— lo suprime también en casos en que tal supresión no es permitida (*arki ditugu* I.-L., 44, *oar natzaio* 46). Ciertas locuciones o giros del labortano los ha introducido y aclimatado aquí. Recuerdo en este momento «*aier zazkio*» (B.-B., 108), «*gogo dudan*» (B.-B., 136). También el «buruz» que se ha extendido tanto entre nosotros (*euskerari buruz* I.-L., 51) creo que es adaptación de un giro vascofrancés, inusitado entre nosotros y que ahora se nos hace más o menos familiar, aunque al apropiarlo creo que hemos alterado un poco el sentido original.

Por supuesto, también incorpora a su lengua elementos lexicales de otros dialectos, como el B. Por 'librar', 'soltar', emplea mucho *jarein*, usual en la zona de Oñate-Aránzazu, pero nada conocido en la variedad nativa del autor ni en la de Tolosa; dígame lo mismo del verbo *jaurti* = arrojar, *jarki* = resistir, atacar, etc., etc.

Si cito estos ejemplos es para que se vea hasta qué punto acertó Lizardi a tomar en líneas generales el mismo camino que años más tarde recomendaría Euskaltzaindia para llegar a la constitución de una lengua literaria común. Aunque él no emplea la *b*, sin embargo, guarda respetuosamente las vocales dobles: *leen* (I.-L., 48), *zuurtasuna* (íd., 49), *naaspildu* (51), *zaar* (52), *beeko* (54), *aalmen* (54); y formas de declinación como *oietarik* (50), *guzietarik* (49).

Todo esto lo hace Lizardi obedeciendo a su preocupación por dignificar la lengua, enriquecerla, por sacar a luz sus virtualidades, por hacerla apta para los menesteres de un hombre culto. Estos esfuerzos, como hemos visto, eran incomprendidos por algunos.

Pero es historia que se repite muchas veces, y no nos debe extrañar demasiado.

Al estar excluido el euskera de la escuela, resulta que el euskaldun es por lo general analfabeto en su propia lengua. Entonces todo se le vuelve dificultad. Ya sea una novedad ortográfica, ya sea una palabra que no le es familiar en su habla local, todo. La única manera de remontar estos obstáculos es el esfuerzo personal de aprendizaje, pero esto lo hacen pocos.

Es frecuente oír frases como éstas: «Hay que escribir como habla el pueblo». Pero uno se pregunta: ¿Qué pueblo querrán decir? Porque todo el País Vasco es un mosaico de variedades, y de un pueblo a otro cambia el lenguaje. Añádase que a veces lo que se oye en el pueblo son verdaderos detritus, elementos de una lengua en descomposición, de una lengua que al estar abandonada a su suerte se ha ido alterando y degenerando.

Otras veces te dicen: Hay que escribir en un euskera *goxo-goxo*, y te dicen acentuando la palatal. O bien: No nos interesa el euskera de laboratorio.

Estos dichos y otros parecidos, como pasa casi siempre, tienen parte de verdad; pero también otra parte que es cuestionable. Con atenerse exclusivamente al habla coloquial de una localidad concreta, *prout jacet*, poco o nada puede hacer el autor que quiera tratar una temática medianamente varía o escogida. Se ve, pues, que este problema es complejo y no puede ser resuelto con tópicos o soluciones simplistas.

Menguado hubiera quedado el francés, por ejemplo, si allá en el siglo XVII Pascal, Malebranche y toda una pléyade de escritores no hubieran colocado la lengua popular sobre el banco del carpintero, sometiéndola a un laboreo incesante y rudo hasta volverla vehículo digno, apto y preciso. Y la labor de los escritores fue continuada y perfeccionada luego por la de los gramáticos, tratadistas y maestros. Y así ha sucedido siempre con todas las lenguas cultas.

Pero prosigamos con el caso del euskera. Domingo de Aguirre publicó su novela vizcaína *Kresala* en Durango en 1906. En el prólogo dice entre otras cosas: «A muchos he oído decir, y lo he oído mil veces, que resulta sumamente trabajoso el leer las cosas que nosotros hacemos, que en lugar de poner más fáciles las cosas, las hemos vuelto más dificultosas, y que de ahí procede el que nadie quiera ver libros en vasco».

Uno se imagina a los curas de pueblo hojeando en las sacristías de las iglesias de Vizcaya las revistas que por la época sacaban Azkue y otros. A aquellos buenos curas todo se les antojaba difícil e indigesto.

Pero el bondadoso Domingo de Aguirre no duda en echar la culpa de ello a los propios lectores que están atados con exceso a ciertas ortografías, que son perezosos y no ponen ningún empeño en aprender, etc.

La crítica a veces puede ser justa y atendible, a veces no, pues con los módulos que algunos quieren imponer al euskera, éste nunca serviría para nada. Ya vimos lo que respondió Lizardi al crítico que le salió al paso.

Y antes que Lizardi y Domingo de Aguirre, Moguel, Larramendi, etc., tuvieron que habérselas con críticas parecidas.

Hemos citado a Larramendi. Bajo algún aspecto, la personalidad de Lizardi no deja de tener su parecido con la de aquél. También Larramendi se sintió herido por las invectivas de algunos castellanos que motejaban al País Vasco, propinándole piropos tales como el de «asna nación», etc. Se referían dichos motejadores a que los vascos hablaban una lengua que parecía reacia o refractaria a todo cultivo literario. Ya hemos dicho que a Lizardi se le clavaron también en el alma las invectivas de Unamuno, motivadas por esta misma causa del euskera.

Lizardi es un espíritu fino e idealista. Se encuentra en los antípodas de los materialistas a quienes les traen sin cuidado estos problemas y sólo piensan en hacer dinero y vivir confortablemente. El se entrega en cuerpo y alma a la tarea ímproba de habilitar la lengua para los menesteres de la cultura.

No siempre acierta. También esto es normal. Se trata de un campo en que casi todo está por hacer, de rozar tierras casi vírgenes. El que se lanza a una obra de éstas acepta de antemano el correr el riesgo de tener aciertos y también fallos. Además apenas tuvo tiempo para madurarse y llegar a la perfección de su obra.



Esto nos lleva como de la mano a hablar del bagaje con que Lizardi se enfrentaba a su tarea, y aun a decir algo sobre el estado de los estudios vascos en la época. En realidad tendremos que contentarnos con una brevísima alusión.

Cuando el joven Lizardi termina el bachillerato, ha olvidado casi totalmente el euskera. Al empezar la carrera de Leyes es cuando inicia los estudios de revasquización de su persona.

Lizardi recibió formación universitaria, cosa que en aquel tiempo estaba al alcance de muy pocos. También por este capítulo se asemeja a las figuras que más han contribuido a promocionar nuestra literatura. Axular estudió en la universidad de Salamanca. Larramendi fue incluso profesor en dicha universidad. Moguel (Juan Antonio) estudio en el colegio de Jesuitas de Calatayud³; el otro Moguel (Juan José) e Iturriaga estudiaron en la universidad de Oñate, el Dr. Etxepare en la de Burdeos, Etxeberri de Ciboure confiesa que todo lo que él es se lo debe a los Jesuitas en cuyo colegio de Pau parece haber estudiado, Gasteluzar fue también profesor en dicho colegio, Oihenart es también hombre de carrera superior, Etxeberri de Sara, el médico, presenta igualmente muestras inequívocas que delatan que había recibido una formación selecta.

Inexorablemente el hombre es hijo de su tiempo. El punto de arranque o de partida lo toma siempre del momento y contexto histórico en el que vive.

Los estudios vascos en aquella segunda década del siglo XX conocen un cierto despertar y florecimiento, gracias a los esfuerzos de Campión, Arana, Azkue, Urquijo, Domingo Aguirre, Gregorio Mújica, Orixe (éste fue quien animó a Lizardi a publicar su libro e incluso se lo prologó). Esto por lo que se refiere al país vasco de este lado, ya que al otro lado del Bidasoa se da también un florecimiento literario de características propias, y que aquí es menos conocido, pero al que también presta atención Lizardi, como hemos visto. Recuérdense los nombres de Adema, Hiriart-Urruty, Barbier, el antes citado Dr. Etxepare, Oxobi, Lhande, etc.

Pero si por una parte había una innegable actividad, por otra parte los estudios vascos de la época presentaban un panorama un tanto abigarrado y heterogéneo, de manera que no era fácil atinar con el verdadero camino. Sobre todo privaban entre nosotros corrientes de un radicalismo extremo, que parecían dar por supuesto que la lengua puede ser manipulada al an-

³ Véase "Juan Antonio de Moguel, estudiante en el Colegio de Jesuitas de Calatayud", *Boletín de Amigos del País*, 1962, 325.

tojo de cada uno, como si se tratara de un producto totalmente artificial que puede ser rehecho, corregido, reformado y recreado a capricho, inventando vocablos de forja para sustituir a voces declaradas ilegítimas, corrigiendo las conjugaciones, las declinaciones, etc. Es sabido hasta qué punto en la época pululaban estas corrientes y aun tendían a prevalecer.

Y es aquí donde veo yo el fino instinto y criterio certero de que Lizardi da muestras en todo momento. Dentro de una cierta tendencia por un vasco depurado, sabrá, no obstante, guardarse por lo general de tantos feos vocablos artificiales que corrían por entonces. Es verdad que emplea alguno que otro (*yaupaleme* por «sacerdotisa», etc.), pero una golondrina no hace verano, como suele decirse. El se apoyará sobre el fundamento berroqueño de la lengua vasca auténtica y real. Es decir, guardará un profundo respeto a la lengua y a sus leyes, que ha estudiado a fondo. La lengua de Lizardi está firme y sólidamente anclada en el euskera real, sin concesiones a los desvaríos que sedujeron a tantos por aquellos años. Recordemos los nombres de Arriandiaga, Soloeta-Dima, Ajánguiz, el mismo Eleizalde (al menos en parte), Jemein-dar Keperin, etc.

Como persona particular, Lizardi fue generalmente estimado por sus bellas dotes, cualidades y virtudes, tanto en su vida familiar como en la social. Fue de arraigadas convicciones religiosas, y de ello hay hartas muestras en sus poesías y demás escritos. Vive aún una hermana suya clarisa, que es abadesa en su convento de Portugaleta; otras dos hermanas creo que viven en Zarauz.

Pero ni su religiosidad ni su vasquismo le ofuscan. Lizardi no tiene pelos en la lengua cuando se trata de denunciar sofismas y artilugios que a veces empleaban algunos para defender la causa del euskera recurriendo a razones falsas; sosteniendo, por ejemplo, que en euskera no se puede decir nada malo, que el euskera y la religión cristiana están indisolublemente unidos, etc. Con mentiras y engaños no se sostiene una causa, dice él. El euskera no ha sido ocasión de mal porque no lo hemos hecho vehículo de cultura ni para bien ni para mal; y hoy en día, al menos en Europa, una lengua tiene que llegar a ser vehículo de cultura; de lo contrario, está abocada a la ruina. ¿Qué diríamos del profesor que para educar a los niños los tiene todo el día en la oscuridad, so pretexto de que la luz es ocasión de mal? Efectivamente, la luz también es ocasión para ver cosas malas. Al no haberse cultivado el euskera, éste es oscuridad, tiniebla, privación de luz. Los vascos puros no han tenido ocasión de aprender cosa mala en vasco, pero tampoco gran cosa de bueno... Esa es la triste realidad y la triste situación, de la que tenemos que salir. (Véase «Egia ikus dezagun, Ama!», I.-L., 51.)



Mas no es posible hablar de Lizardi sin decir una palabra acerca de su poesía, pues si bien es verdad que tampoco como prosista desmerece en nada, pero es en la poesía donde Lizardi ha triunfado y alcanzado un rango y un puesto único.

El poeta de la concisión, le llamó Arteché. No vamos a pretender que el crítico de marras anduviera del todo descaminado al decir que la poesía de Lizardi es difícil, oscura, ininteligible. Lizardi es ciertamente difícil. Esto proviene, sin duda, de que, por una parte, su poesía está preñada de pensamiento hondo, y, por otra, de que este pensamiento está expresado con la mínima cantidad de materia lingüística, aprovechando al máximo los recursos que posee el euskera por medio de la derivación, composición, etc. Así «ederrak su-bera» quiere decir 'propenso a entusiasmarse por la belleza', «Beltz ikusbera uan» = eras inclinado a verlo todo negro, «amets-bera» = propenso a la ensoñación, «Lurpera gizonak gizonak» = los hombres entierran a los hombres; «Oro-mintzo» dirá del euskera, queriendo decir 'lengua para todo, que sirve para expresar todo', etc.

Lizardi es un poeta lírico de fibra, de categoría, de pensamiento hondo y concentrado, expresado en fórmulas extremadamente concisas, pero sorprendentemente logradas muchas veces. Naturalmente, no siempre consigue logros igualmente felices. Tiene también estrofas bastante abstrusas.

Tal vez uno de los secretos de Lizardi radique en esa su misma dificultad, junto con su hondura de pensamiento. El lector que insiste en leerle una y otra vez se ve sorprendido al descubrir en él honduras insospechadas y felizmente expresadas en vasco. De aquí que cuanto más se le lee más gusta.

Esta poesía sumamente intelectual y densa de Lizardi se halla en el extremo opuesto de la poesía vasca de la generación anterior, mucho más verbosa, abundante, redundante y un tanto facilitona, que fácilmente puede incurrir en huera y superficial. Recuérdese al ochandianés Arrese y Beitia, o aun al mismo P. Arruti, por citar a un compaisano de Lizardi, muerto al igual que éste en Tolosa en 1919.

Al fin y al cabo, los gustos y los estilos y la sensibilidad de los hombres cambian sin cesar, y ello da origen a esa sucesión de escuelas y corrientes que se advierte en todas las literaturas. Pero este es el hecho; que dentro de cada escuela o estilo hay nombres representativos, de esos que quedan, porque alcanzaron una cota impresionante. Y uno de éstos es indudablemente Lizardi.

En sus poesías ha cantado los temas eternos que preocupan al hombre histórico de siempre, al de todos los tiempos, climas y latitudes: la caduci-

FR. LUIS VILLASANTE

dad de la vida, la muerte, el dolor, a Dios. Ha cantado también temas de apariencia intranscendente, pongo por ejemplo, al inventor de la cama, al gorrión atrevido y desvergonzado que se entromete en todas partes. El pueblo vasco y su lengua es otro tema suyo favorito, sobre el que vuelve con frecuencia.

Pero por encima de todo, Lizardi ha triunfado en la descripción del paisaje vasco, cuya belleza le ha cautivado. Este paisaje, hoy seriamente amenazado por la contaminación y por la destrucción que el desarrollo y progreso mal controlados pueden acarrear en proporciones que en los días de Lizardi no eran aún previsibles.

Bajo este aspecto su canto a las estaciones del año, que empieza «Egur ezearen kea / goiak du kolore...» es sin duda una de sus obras maestras. Lizardi ha poblado el paisaje vasco de personificaciones, de seres nuevos intuitos por el ojo avizor del poeta. *Basoa* e *Itzala* son dos amantes que se quieren. *Andre Lurra* es Doña Tierra. El grillo es un señor poeta silvestre que habita en su palacio de tierra. *Negu agurea*, *Eguzki errege...* *Euri* (la lluvia) tiene metido a *Eguzki* (el Sol) en prisión. El Txindoki emerge como una quilla de barco en el mar de niebla. La humilde flor de argoma aparece en febrero gritando desesperada a la primavera...

Decididamente, Lizardi ha sentido con hondura la belleza del paisaje vasco y la ha expresado en versos inmortales. Si por nuestra incuria, imprevisión y locura este paisaje llegara un día a faltar, ahí quedará al menos el retrato imperecedero que de él hizo nuestro poeta en el primer tercio de este siglo.

Fr. Luis VILLASANTE
Aránzazu, diciembre 1974